ZARAGOZA, PARÍS, TÁNGER:
NOTAS PARA UNA GEOGRAFÍA POÉTICA DE JULIO ANTONIO GÓMEZ

Alfredo SALDAÑA SAGREDO

La vida de Julio Antonio Gómez (Zaragoza, 1933 – Las Palmas de Gran Canaria, 1988), al igual que sucede con su poesía, está ligada principalmente a tres ciudades: Zaragoza, París y Tánger. En las tres, aunque en distintas proporciones, vivió, esto es, padeció y amó. El carácter itinerante y errático de su vida condicionó de una forma determinante su poesía, que se presenta como un producto eminentemente urbano, resultado en buena medida de los modelos de mundo que conoció en los diferentes espacios en los que se desenvolvió. Así pues, un conocimiento de ese itinerario vital es posible que ofrezca algunas luces que nos iluminen detalles de su experiencia poética.[1] De esta forma, sabemos que el 22 de agosto de 1960 se le concede un pasaporte en Zaragoza. El 7 de noviembre de 1961 es autorizado para viajar a Europa hasta el 22 de agosto de 1962. El 16 de noviembre de 1961 entra en España por la frontera de Port Bou, y el 25 de abril de 1962 pisa suelo francés atravesando la frontera de Hendaya.

En un nuevo pasaporte, esta vez expedido el 3 de marzo de 1967, vemos que el 1 de agosto de ese mismo año toma el vuelo de Iberia Madrid-Irún, con la más que probable intención de pasar a Francia en lo que fue su primer destierro.[2] El destino elegido es París, ciudad en la que ya había estado en diferentes ocasiones. La muerte de su madre, que había tenido lugar en 1966, y los desagradables sucesos vividos en los últimos tiempos en Zaragoza le llevan a plantearse la posibilidad de quedarse a vivir definitivamente en la capital francesa.

---

1 Gracias a dos pasaportes de Julio Antonio Gómez cedidos amablemente para su consulta por María Crespo, ama de llaves del poeta, conocemos algunos de sus movimientos por la geografía europea y marroquí.

2 Julio Antonio Gómez fue detenido en 1967 por la policía acusado de perversión de menores. Tras la detención y después de pasar cinco meses en la prisión de Torrero, fue desterrado durante seis meses fuera de Zaragoza. En 1971 fue detenido por segunda vez, acusado de no denunciar un robo del que él mismo había sido víctima.

París fue un revulsivo importante en la vida y en la obra de Julio Antonio Gómez. A su estancia en la ciudad del Sena debemos algunos de los más extraños y sugerentes poemas que escribiera nuestro autor («La vida no se repite nunca» o «Drugstore», de *Acerca de las trampas*, 1970). Allí trabajó en el servicio de limpieza del Banco de Indochina, situado en el Boulevard Haussmann, donde tenía una jornada de seis horas diarias y ganaba seiscientos francos mensuales; recomendado por Antonio Buero Vallejo, fue contable en «La Candelaria», un restaurante español enclavado en el Barrio Latino. Con cartas de recomendación de Gabriel Celaya, Vicente Aleixandre o el propio Buero intentó entrar en contacto con personas del mundo cultural y literario, ya que su deseo era trabajar en algo que tuviese que ver con la edición; allí conoció a Jean Michel Fossey, director de la revista *Margen*.[3] En definitiva, la ciudad del Sena, que nuestro poeta conocía desde los primeros años sesenta, se convirtió tanto para él como para muchos otros escritores que a ella se acercaron en un auténtico símbolo de libertad. Tal como indica Carme Riera (1988, p. 98):

> París era meta obligada, no sólo por el prestigio artístico acumulado entre el siglo XIX y el XX, sino también porque allí vivían y desde allí militaban algunos dirigentes importantes del Partido Comunista, exiliados desde la guerra o la posguerra. París era también Sartre y Juliette Greco [y Léo Ferré, añadimos nosotros], los *blousons noirs* y la *vie en rose*. París era la posibilidad de acceder a una cultura normalizada, de tener libros sin necesidad de acudir al contrabando, de leer sin cortapisas y de gozar también de otros placeres, como los de la carne, menos triste allí, ya que la moral, de acuerdo con el laicismo que dominaba en los países civilizados de Europa, era mucho más relajada. Además, las constantes referencias a la cultura francesa contribuyeron a hacer de París mito y nostalgia.

París representó, sobre todo, la dureza y las dificultades de la vida,[4] una vida vivida a un ritmo intenso, vertiginoso, extraño para una persona que no conoce bien sus reglas. Como buen vitalista y vividor, Julio Antonio Gómez también vino a llevarse la vida por delante y, así, no reparó gestos y esfuerzos: tan pronto se ganaba el pan fregando escaleras como derrochaba mil francos nuevos en sólo una noche. A pesar del intenso esfuerzo de adaptación que le supuso, París representó

---

3 Casi todos estos datos se documentan en cartas de Julio Antonio Gómez a Luciano Gracia, Miguel Labordeta y otros amigos, recogidas en el volumen *El corazón desbordado*, editado por Antón Castro (GÓMEZ, 1989).

4 Joaquín Alcón, uno de los mejores amigos de Julio Antonio Gómez, con quien compartió muchos momentos en la capital francesa, recuerda, en conversación mantenida con él en Zaragoza el 3 de agosto de 1991, las penalidades físicas y materiales de la vida parisina, penalidades que nunca ensombrecieron el enorme y generoso corazón de nuestro poeta, que se vio obligado a vivir en muchas ocasiones en habitaciones donde apenas cabía una cama, un lavabo y una diminuta cocina. Joaquín Alcón es autor de las fotografías que ilustran los libros publicados en «Fuendetodos» (véase nota 10).

para él una victoria vital sobre Zaragoza, tal como podemos comprobar al leer este fragmento de una carta que le envió a Luciano Gracia[5] en noviembre de 1967:

> estoy agradecido a París porque me ha demostrado que aún estoy joven para todas estas cosas. Qué alegría. Lentamente muere el pequeño oficinista de «La Adriática»[6] y nace un tipo que lo creo mejor y más sano. (1989, p. 51)

París fue para él como un renacimiento, como volver a encontrar todo lo que había perdido o había tenido en muy pocas ocasiones en su ciudad natal: Allí compartió momentos con sus antiguos amigos y con nuevas amistades parisinas y supo, quizás por vez primera en su vida, lo que era encontrarse solo. Aun así, París representó la libertad, Zaragoza el confinamiento y la cárcel. París, como más tarde Tánger, fue para nuestro poeta, al igual que Ginebra para Borges, una de sus patrias dilectas, donde encontró casa, trabajo y tranquilidad y llevó una vida a su medida. Zaragoza fue el comadreo, la canalla infame y la mezquindad; la ciudad donde la muerte imperó a sus anchas con su negación hipócrita de la vida; la ruina y la miseria de un panorama desolador con el que el poeta quiso romper definitivamente. Uno de los poquísimos contactos que Julio Antonio Gómez mantuvo con su ciudad natal fue a través de su gran amigo Luciano Gracia, a quien escribía en septiembre de 1967:

> Poco a poco voy adaptándome a este dificilísimo pero extraordinario lugar. Han sido unas semanas duras, extremadamente, que he de pagar y que continúo pagando (...) Escríbeme ahora que tienes mi dirección, dirección que no debes dar por ahora a nadie. ¡A nadie! (1989, p. 47)

Su relación con la ciudad francesa fue irregular, inestable. Tuvo que conquistarla, aunque al final fuera él el conquistado. En ella, como previamente había hecho en Zaragoza, invirtió amistad e ilusiones y, aunque al final se mostraba contento y esperanzado, no dejaba de ver las cosas con un cierto escepticismo, como resultado posiblemente obligado de su experiencia zaragozana: «Tengo [en París] amigos y proyectos. No sé si ambos fallarán» (1989, p. 57), escribía a Miguel Labordeta en diciembre de 1967. La vida en París, como más tarde en Tánger, no fue ni mucho menos un camino de rosas, pero al menos consiguió alejarle de la inquina, el asedio y la violencia de su ciudad natal. Huérfano de amor y bienque-

---

5 Luciano GRACIA (1917-1986). Uno de los más fieles amigos que tuvo Julio Antonio Gómez y, al decir de todos aquellos que le conocieron, una de las personas más honestas y entregadas que han tenido las letras aragonesas de este siglo. Autor, entre otros libros de poesía, de *Hablan los días* (1969), *Creciendo en soledad* (1978) y *Eslabones de sombra* (1988).

6 Nombre con el que se conoce el edificio situado en el Coso zaragozano, número 34, y en el que el padre de Julio Antonio Gómez tenía su gestoría administrativa. En ella trabajó durante algún tiempo nuestro poeta.

rencia, Julio Antonio Gómez tenía que encontrar su lugar de adopción, su lugar ideal, su *locus amœnus*. Traicionado por la naturaleza peculiar de su amor (Julio Antonio Gómez era homosexual) y por el deseo, tuvo la desdicha de nacer y crecer en una ciudad triste, mezquina y miserable, una ciudad con nombres y apellidos que le obligaron al destierro cuando ya empezaba a convertirse en una persona *non grata*. La desconfianza, el recelo y el resentimiento del poeta parecen plenamente justificados. Julio Antonio Gómez no respetó las leyes de la gravedad; su existencia era un lujo que la Zaragoza pacata, tradicional y conservadora no podía permitirse.[7]

Con «Zaragoza amarilla», poema que cierra la segunda parte de *Acerca de las trampas*, entramos de lleno en el ambiente zaragozano como centro neurálgico en el que se desarrolla buena parte del universo poético e imaginario de Julio Antonio Gómez. Ya tenemos un referente, además de claro y preciso, como veremos, castrante y desolador. Zaragoza es la mujer que duerme un sueño inmemorial, ajena por completo a las vibraciones del presente; es la amante huidiza, la que esquiva continuamente cualquier contacto con la realidad; es la hembra que no supo ser madre y se comportó como madrastra desdeñosa con algunos de sus hijos; como «ciudad maternalmente amarga» se refiere a ella Julio Antonio Gómez en la solapa de presentación de *Hablan los días*, el libro de Luciano Gracia publicado en el número 2 de «Fuendetodos»; es, en fin, la ciudad edificada al negro desamparo de

> ... catedrales construidas
> con un sudor-silencio gris, amontonando piedras
> que huelen siempre a muerte...
> («Zaragoza amarilla», I, vv. 3-5)

Y, sin embargo, mucho antes de ser consciente nuestro poeta de que la ciudad tan sólo era símbolo de muerte y destrucción, mucho antes de darse cuenta de que la vida y la felicidad provincianas se encontraban únicamente en «... frituras de calamar y rosarios de sombra» (II, v. 19), mucho antes de ser destrozado por los colmillos de la represión y de la inquina, sumido en la ignorancia propia de la infancia, el poeta había mantenido un idilio con su ciudad al que se entregó con una gran carga de energía e ilusión:

> Zaragoza amarilla
> yo te amaba en la ceguera de mis octubres
> de pantalón corto,

---

7 Un análisis minucioso de tipo sociológico de la época que nos ocupa encontramos en Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE, «Zaragoza, 1953-1963: 'Y querían arreglar el mundo, ¡so ilusos!'», en *Opi-Niké. Cultura y arte independientes en una época difícil*, vol. I, Zaragoza, Ayuntamiento, 1984, pp. 15-41. Sobre el grupo poético del Niké puede consultarse el libro de Benedicto L. DE BLANCAS, *Poetas aragoneses. El Grupo del Niké*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989. Sobre la vida y la obra de Julio Antonio Gómez, referencia inexcusable es ya la magnífica y documentadísima edición de Antonio PÉREZ LASHERAS, *Una pasión sombría: vida y obra de Julio Antonio Gómez*, Zaragoza, Diputación Provincial, 1992, 2 vols., que recoge y analiza por vez primera toda la obra conocida de nuestro autor.

todavía no alzado al recinto durísimo
de tus dientes
(...)
yo había confiado
todas las puras posesiones de mi corazón,
todos los vasos de mi frágil cristal instantáneo
todas
las pobres riquezas de mi universo apenas reprimible,
a la oquedad supuestamente maternal y cálida
de tus brazos,
(II, vv. 1-5 y 31-37)

En la mayoría de las ocasiones, Zaragoza es descrita con una inusitada crueldad, contemplada como símbolo de la desesperación, el confinamiento, la muerte y la miseria moral que alcanza su más acusada expresión cuando

una tremenda oscuridad
cayó de pronto agrietando las murallas
y el coso se enramó de procesiones
como venas urgentes,
soterradas algarabías triunfalistas
con los ojos pintarrajeados de un violento violeta
escandalosamente funerario.
(II, vv. 40-46)

Zaragoza es tema poético en otros textos de Julio Antonio Gómez, quien nos ofrece un panorama realmente desolador de la vida de esta ciudad, como por ejemplo en «Geografía», un poema no incluido en *Acerca de las trampas* y publicado en *Seminario de Poesía*, en 1970.[8] La dureza con la que es tratada la ciudad es incuestionable; el dolor ha dejado paso al rencor, del que encontramos una muestra en este fragmento:

Zaragoza limita al Norte con la Desesperación
asomada a los crujientes secanos que buscan grandes puertas
para escapar al insulto de los Paradores de Turismo.
(...)
Zaragoza limita al Sur con las arpilleras rotas de los Presidios
balanceadas por el aliento de los castigados a celdas,
(...)
Zaragoza limita al Sur
con la acusación de los cipreses testificales
(...)

8 Zaragoza, Departamento de Literatura Española, Facultad de Filosofía y Letras. Este volumen fue la materialización impresa de una sesión poética celebrada en dicha Facultad el 17 de abril de 1970 y en la que se leyeron textos de Julio Antonio Gómez, Miguel Labordeta y Luciano Gracia.

Zaragoza limita al Este con la ira del viento
que aún no ha conseguido borrar los nidos de ametralladoras,
Zaragoza limita al Oeste con la indiferencia de los campanarios,
(...)
Zaragoza limita con toda Limitación, con el frío y las voces
de las esquinas custodiadas por los tercos vendedores de Iguales,
únicas voces permitidas, únicos gritos
golpeando las calles, únicos
y ciegos.
Ciegos.
Abrid los ojos.

Acerca de las trampas muestra que las dos grandes unidades temáticas que presenta, el ser social y el ser amoroso, difícilmente se dan aisladas, sino que elementos procedentes de la poesía amorosa entran a formar parte de poemas cívicos y viceversa. Por otra parte, no debemos olvidar que el mundo del texto no puede ser explicado sin tener en cuenta el mundo total, ya que es una parte de éste la seleccionada como referente para ser representada en el texto poético. La incorporación del mundo al texto artístico se explica como intensionalización de submundos en los que se configuran constantes esenciales en la organización vital del hombre, esto es, universales antropológicos de carácter semántico-extensional.[9] Las dos ciudades que dominan en el libro (Zaragoza en «Una pasión sombría» y París en «La vida no se repite nunca») mantienen unas relaciones con la persona poética que responden a esas constantes esenciales en la organización vital del hombre: Zaragoza es ciudad-madre, París es ciudad-amante. Ambas son ciudades como mujeres.

«La vida no se repite nunca» da título tanto a la cuarta parte de *Acerca de las trampas* como al único poema de que consta, un poema compuesto a su vez por siete fragmentos. El campo de visión y de indagación es ahora más amplio y complejo que en poemas anteriores. Persiste el motivo amoroso, aunque diluido en otros elementos que hacen de la realidad algo mucho más inasible y problemático, algo donde el poeta trata de encontrar con verdadero afán y ahínco una identidad que le dé consciencia de sí mismo. París es el escenario en el que sitúa la mayor parte de estas composiciones; pero no es la *cité lumière* que, atractiva, fascina a los turistas la que aquí refleja, sino la ciudad difícil y dura en la que muchos hombres fijan el destino de su exilio o emigración,

los Argelinos hoscos encadenados a la turbia escoba,
(...)
hijos de Portugal, húmedos de humillaciones harapientas

---

9 Véase el desarrollo de este modelo de análisis propuesto por Tomás ALBALADEJO MAYORDOMO para los textos narrativos en *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa. Análisis de las novelas cortas de Clarín*, Alicante, Universidad, 1986; y en «La semántica extensional en el análisis del texto narrativo», en G. REYES, ed., *Teorías literarias en la actualidad*, Madrid, Ediciones El Arquero, 1989, pp. 185-201; así como la aplicación concreta del mismo para un texto poético en Antonio GARCÍA BERRIO, *La construcción imaginaria en* Cántico *de Jorge Guillén*, Travaux et Mémoires de l'Université de Limoges, U.E.R. des Lettres et des Sciences Humaines, 1985.

con las marcas al fuego de Citroën en la espalda,
(...)
bajo las Porterías del betún
rotundos Costas del Marfil tiritan y se agachan
(...)
Plantadores de olivos lejanos,
servidores de mesas extrañas,
españoles
de España
(VI, vv. 3, 5-6, 9-10 y 13-16)

Al igual que sucedía en «La vida no se repite nunca», en «Drugstore» París no es contemplada a través de sus grandes avenidas, museos y monumentos, lugar propicio para el encuentro amoroso (tal como leemos, por ejemplo, en «París, postal del cielo», poema de Jaime Gil de Biedma de su libro *Moralidades*), sino que es vista con los ojos del potencial humano que recibe del exterior (emigrantes, sobre todo, y exiliados), que se acerca a la ciudad de una forma antinatural, obligado por las circunstancias. Una ciudad que primero acoge a estas personas, se sirve de ellas, siempre para los peores trabajos, y luego las humilla enviándolas a la más dura marginación. Esta terrible situación que así se crea —representada por una ciudad que, como hace Saturno con sus hijos en el cuadro de Goya, devora impunemente a estos trabajadores— no es sino la anécdota de la que se sirve el poeta para condenar con una inusitada virulencia el estado social y económico de terror en el que estamos instalados.

El tema de la ciudad asociado al de la multitud («Recordarás la muchedumbre de hermosa mirada triste / moviéndose en el acuarium insólito de la mañana», VII, vv. 12-13) aparece también en *The Waste Land* de T. S. Eliot (1975, p. 29): «Unreal City, / Under the brown fog of a winter dawn, /A crowd flowed over London Bridge, so many, / I had not thought death had undone so many». Y Eliot lo toma, al igual con toda probabilidad que Julio Antonio Gómez, de Baudelaire, quien escribe en su poema «Les sept vieillards» (1964, p. 109): «Fourmillante cité, cité pleine de rêves, / Où le spectre en plein jour raccroche le passant! / Les mystères partout coulent comme des sèves / Dans les canaux étroits du colosse puissant».

El destino de la ciudad asociado al de la multitud, una ciudad que es, sobre todo, alcantarillas, muelles, puentes y estanques alrededor de un río que acoge a los suicidas («oh Sena amargo de suicidas puros», II, v. 3). Es el tema de la ciudad que agoniza,

París
navío roto
salada noche al final con tu muerte o con tu lluvia,
(I, vv. 5-7)

el tema de la muerte de la ciudad, espacio que se presenta como un auténtico cadáver, algo que ya habíamos encontrado en Miguel Labordeta y en *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso. El poema es fiel reflejo de las dificultades por las que atravesó nuestro poeta en la capital francesa, acostumbrado, como había estado hasta entonces, a la comodidad de un ambiente familiar acogedor y confortable; presenta, extrañamente, muy pocas entradas léxicas pertenecientes al campo semántico del amor, tan abundantes en otras partes de su obra, y, cuando aparecen, es connotando cualidades negativas:

> ... como esa infernal Notre-Dame enmudecida
> y sedienta de sepulcros sin amor.
> (III, vv. 11-12)

> Enamorarse era morir, marcharse
> por los hondos caminos de la escarcha;
> (IV, vv. 1-2)

La ciudad de París, sin ser nombrada en ningún momento, con todo lo que implica de gran urbe, bazar y escaparate de variadas mercancías, es el motivo principal alrededor del cual se organiza «Drugstore», el poema que cierra *Acerca de las trampas*. En él el *yo* y el *tú* —personajes en los que se había centrado el discurso poemático anterior— se disuelven en una nebulosa cuyos elementos, alcance y determinación son mucho más imprecisos. La huella de algunos poemas y canciones de Léo Ferré, a quien Julio Antonio Gómez admiraba profundamente, es palpable en estas dos últimas partes del libro («La vida no se repite nunca» y «Drugstore»). En concreto, textos del escritor y cantante francés como «Paris canaille», «Madame la misère», «Paris» o «Le testament» están en la base de estos poemas a los que aportan un determinado léxico, unas sugerentes imágenes y una visión particular de la capital de Francia. Parece evidente, a la luz de este poema y en parte también de «La vida no se repite nunca», que la estancia en París fue un revulsivo para el poeta, tanto en el aspecto emocional como en el de depuración de su técnica poética. Es seguro que estas dos últimas partes del libro (cuya primera redacción debió de realizarse con toda probabilidad durante su residencia en la ciudad del Sena) no se hubieran escrito de igual forma sin la experiencia de la vida parisina. La capital francesa modificó su visión del mundo y su actitud ante la existencia y ambas transformaciones influyeron poderosamente en los cambios que sufrió su cosmovisión poética.

La orientación de sus viajes cambia a partir de 1970. El 22 de junio de ese año entra en Tánger (dos días antes había adquirido en una oficina del Banco de Bilbao de Zaragoza la cantidad de mil dirhams). El 14 de septiembre —siempre según los visados que aparecen en los pasaportes consultados— toma un avión en el aeropuerto de Barajas con destino ilegible en el sello del pasaporte, aunque es muy pro-

bable que se dirigiera a Marruecos, ya que el día 26 de ese mismo mes se encuentra en Tánger dispuesto a tomar un avión de regreso a Madrid. Tres meses más tarde, el 27 de diciembre, despega del aeropuerto de Barajas y aterriza en el de Tánger. Por último, el 7 de enero de 1971 hace el viaje contrario, sale de Tánger y llega al aeropuerto de Madrid-Barajas.

En marzo de 1971, acusado de no haber denunciado un robo del que él mismo había sido víctima, vuelve a dar con sus enamorados huesos en la cárcel de Torrero, una experiencia que recordará meses más tarde en carta inédita dirigida a Ildefonso M. Gil el 9 de diciembre de 1971:

> Nada más ser puesto en libertad —nunca olvidaré tu visita que tanta, tanta alegría y consuelo me produjo—, hube de salir, por consejo de mi Abogado, de España. Tres días antes de partir, recibí una cédula del Juzgado por la que se me comunicaba que, a mi detención, el Fiscal había solicitado mi libertad inmediata, solicitud a la que el Juez hizo caso omiso. Cinco meses después, el mismo Juez me hacía saber que ordenaba la cancelación y el archivo definitivo de mi expediente, así como el cese de todas las medidas de seguridad, por no haber lugar a ello. Por no haber lugar a ello, ¡después de cinco meses! (...) Te aseguro que me encontraba en un estado de nervios tal que, de no salir enseguida de España, hubiera cometido una locura. Ahora parece —parece— que todo se ha remansado y vuelvo a ocuparme de mis cosas, entre las que juega FUENDETODOS[10] el papel más importante.

Ese mismo año, a finales de enero, fallece su padre y los lazos que le unen con su ciudad natal parecen definitivamente rotos. Su presencia en Zaragoza, después de dos detenciones con sus consiguientes estancias en la cárcel de Torrero, resultaba más que complicada. Su deseo ahora es marcharse al sur, a Marruecos, una tierra en la que ya había estado y recordaba con agrado. En 1973 se ausenta definitivamente de Zaragoza; problemas en la concesión del pasaporte impidieron que su marcha se realizase antes.

Marruecos es el lugar de adopción ideal para el poeta. Aprende algo de árabe, escribe poesía, viaja por el país llevando una vida tranquila, lejos de la ciudad que le había maltratado, con la sola compañía de ese gran amor de su vida que se llamó «Fuendetodos». Allí conoció y trató al escritor Mohammed Choukri[11] y

---

10 Colección de poesía creada y dirigida por Julio Antonio Gómez. En el lapso de cinco años, entre 1969 y 1973, aparecieron bajo su nombre dieciocho libros, entre los que se encuentran títulos de Miguel Labordeta, Luciano Gracia, Ramón de Garciasol, el propio Julio Antonio Gómez, Vicente Aleixandre, Leopoldo de Luis, Blas de Otero, José Antonio Labordeta, Gabriel Celaya, Ildefonso M. Gil, Luis Rosales y Gloria Fuertes.

11 Condenado a muerte por el «iluminado» Jomeini, nació en 1935, en Beni Chiker (Marruecos). En 1942 su familia emigró a Tánger, ciudad en la que su padre fue detenido y condenado a dos años de cárcel por haber desertado del ejército español. En Tetuán Choukri frecuenta el submundo de la droga, la prostitución y el alcohol. En 1961 es nombrado maestro de escuela. A partir de 1966 se da a conocer como escritor. En 1972 escribe *El pan desnudo*, que, traducido

tradujo al árabe poetas españoles y algunas canciones de José Antonio Labordeta, además de interesarse vivamente por la cultura y la historia islámicas. Como vemos, el itinerario seguido por Julio Antonio Gómez es similar al de ese otro escritor español autoexiliado que es Juan Goytisolo, con quien nuestro poeta guarda algunas semejanzas: residencias en París y Marruecos (Julio Antonio Gómez en Tánger, Goytisolo en Marraquech); componente homosexual; interés por la lengua, la literatura y la civilización islámicas.

Así pues, en la primavera de 1973 tenemos a nuestro poeta —que ha recibido ya su parte de la herencia familiar— instalado en Tánger, donde adquiere una casa en el número 9 de la rue Chorfa d'Ouazzan, aunque son constantes sus viajes por la geografía marroquí. Allí creyó encontrar, si no la felicidad, por lo menos la paz, la calma y la tranquilidad que le negó Zaragoza. La literatura, su colección de poesía, la afición por la fotografía (en mayo de 1974 monta, con la ayuda de su buen amigo Joaquín Alcón, un laboratorio fotográfico) y un ritmo disipado de vida son notas de su período marroquí. A pesar de la distancia, «Fuendetodos», la niña de sus ojos, nunca salió de su punto de mira. Escribe a Luciano Gracia en mayo de ese mismo año (1989, p. 81): «No he recibido aún el libro de Celaya [se refiere a *Función de Uno, Equis, Ene. F (1.X.N)*, que aparecería en el número 18 de la colección] y estoy algo inquieto por él, pues si nos adentramos en el mes de junio la época ya no es buena para su lanzamiento».

A pesar de lo anterior, en Marruecos son otras las preocupaciones y otros los intereses que asaltan al poeta. El cambio de vida con respecto a Zaragoza es más acusado ahora en Tánger que el que había experimentado en París. Vive en un país de raza, religión, cultura y organización social y económica absolutamente novedosas para él; un país, a la vez, en el que encuentra por primera vez el placer y la dicha de vivir sin que su conducta sexual resulte peligrosa o sea motivo de enjuiciamiento penal. Así pues, Julio Antonio Gómez disfruta en Tánger de una vida sosegada, relajada, propia de una ciudad y un país cálidos, alejada del vertiginoso ritmo social, literario y editorial que llevaba en Zaragoza. Claro está que esto no quiere decir que su alejamiento del mundo cultural fuese total. Continúa enviando ejemplares de «Fuendetodos» a todo el mundo; frecuenta algunas amistades literarias, como la del propio Choukri, y es posible que tuviera algún trato con Paul Bowles, Tennessee Williams y Jean Genet, escritores que durante esos años vivían o pasaban largas temporadas en Marruecos; escribe un libro de poesía, *El fuego de la historia*, con el que gana en 1977 el Premio «Marruecos», convocado por el diario homónimo para libros en castellano, y por el que recibe la felicitación de Hassan II; se interesa por el estudio de la civilización árabe, «una [en palabras del propio Julio Antonio Gómez] de las más fascinantes y más incomprensiblemente desconocidas

---

a otros idiomas, permanece, por estrictas razones de censura, inédito en árabe, su lengua original, debido a que esta novela, relato autobiográfico del propio Choukri, simboliza la vida como aprendizaje de un niño en una sociedad profundamente hostil e injusta con sus clases más pobres.

por el mundo occidental» (1989, p. 96); ocupa parte de su tiempo en preparar una antología de poesía española contemporánea traducida al árabe, de cuya terminación no hay constancia. *El fuego de la historia* es una obra de la que sólo conocemos nueve poemas editados por Antón Castro (e incluidos en el volumen *El corazón desbordado*) y de la que ha escrito el propio Julio Antonio Gómez (1989, p. 97):

> *El fuego de la historia* es una narración lírica basada en la historia marroquí. En el texto del libro aparecen personajes como Oqba Ibn Nafí, Musa Ibn Nosair, Idrid I, Yussef Ben Tachfín... y tantos otros que dan pie a una serie de poemas de muy diversas técnicas. Según el personaje o el hecho histórico, he empleado el verso libre o el romance clásico o el soneto. A cada uno, su métrica y su rima, según yo he creído conveniente. Hay un cuarteto dedicado a Marraquech y una parte épica con el motivo de la Marcha Verde, tratada de un modo distinto.

El fuego de la historia es un libro fruto de su experiencia marroquí. Con esta obra se cierra un ciclo poético que había tenido su origen en *Los negros* (primer libro conocido de nuestro autor, escrito a mediados de los cincuenta) y que había alcanzado su expresión más brillante y personal en *Acerca de las trampas*. Los nueve poemas que forman *El fuego de la historia* son casi una glosa de las palabras de Hassan II que cita al comienzo del libro, unas palabras en las que dice que Marruecos es como un árbol que hunde sus raíces en África y que respira gracias a sus hojas que se mueven a los vientos de Europa. Tras la cita del monarca alauita aparece un poema titulado precisamente «El fuego de la historia», del poeta sirio Nizar Qabbani (Damasco, 1923), un poeta fundamentalmente amoroso, aunque también ha escrito poemas sociales, políticos y patrióticos. Qabbani, autor de poemarios como *Pecho adolescente* (1948), *Samba* (1949), *Tú eres para mí* (1950) o *Amada mía* (1961), es un poeta extraordinariamente popular en todo el mundo árabe.

El fuego de la historia es expresión del grado de integración que alcanzó Julio Antonio Gómez en la tierra que lo acogió; una vuelta al tipo de poesía que había practicado en sus orígenes; un regreso a la poesía social, contestataria y de protesta que había ensayado en *Los negros*, en definitiva. El grado de identificación de nuestro poeta con la causa magrebí (y árabe, por extensión) es tal que no resulta nada extraño que este libro fuese premiado en un concurso de poesía celebrado en Marruecos (y convocado con el nombre del país).

Ya hemos apuntado la relación que guarda esta obra con *Los negros*. Son bastantes las semejanzas que se observan entre ambos libros. El tipo de poesía (social, política, civil, etc.) empleado es el mismo en los dos casos; el lenguaje utilizado, extraordinariamente sencillo, es similar y está al servicio de la correcta intelección del mensaje que transmite. Tanto *El fuego de la historia* como *Los negros* emplean una retórica parca en recursos expresivos, pobre desde el punto de vista artístico, dirigida a potenciar la consciencia de la situación en la que viven los pueblos dominados

y saqueados (algo que nuestro poeta conoció muy bien en sus diversas estancias parisinas, en las que vio muy de cerca —e incluso sufrió en sus propias carnes— las penosas condiciones de vida de emigrantes y exiliados). En *El fuego de la historia* la ciudad como enclave en el que se sitúa el poema y elemento dinamizador para la configuración del mismo ha perdido la importancia que había tenido en poemas anteriores. La ciudad ha dejado su lugar al país; no encontramos en los nueve poemas del libro ninguna referencia expresa a ciudades de Marruecos; sí, en cambio, el país, al que constantemente alude el poeta para que adquiera consciencia de la situación de opresión en la que está sumido. Ambos poemarios (*Los negros* y *El fuego de la historia*) se sirven de muy parecidas imaginerías vegetales en las que son constantes las referencias al mundo de la naturaleza y los procesos de humanización: «Y el árbol de Marruecos / alargaba / sus brazos firmes, / sus hojas / anchas; / multiplicaba / su sangre verde / hundiendo / las ávidas raíces / en la tierra / caliente / y maternal» (Gómez, 1989, p. 105). Estos versos, además de la alusión más o menos velada a ese acontecimiento social y político que fue la Marcha Verde, presentan una «tierra caliente y maternal» que tanto recuerda a la selva protectora de *Los negros* y a la España del soneto «España, ardida lanza» de *Acerca de las trampas*. Este mismo árbol en que se ha convertido Marruecos es capaz de comportarse como una madre: «Cuando su cuerpo / se coronó / de frutos / (...) / recibiendo / y repartiendo / vida» (Gómez, 1989, p. 106). La voz poética se endurece, sin embargo, cuando se trata de condenar un determinado estado de injusticia social, como el que se refiere a la ocupación de Marruecos por España y Francia: «La Historia / trajo el fuego / y vinieron / de otros países barcos / con pecho de fusil, / aviones / con vientres de metralla, / hombres / que sonreían / con dientes / como balas/ brazos / como cadenas, /estómagos / insaciables / de roja dinamita» (Gómez, 1989, p. 107).

El fuego de la historia significa el retorno de Julio Antonio Gómez a sus orígenes poéticos. El ideario ético y moral que defendía una obra como *Los negros* (escrita a mediados de los cincuenta) encontró en Marruecos la causa concreta y el motivo de inspiración fundamental, veinte años más tarde, de un libro como *El fuego de la historia*, que no aporta nada novedoso a la trayectoria artística de Julio Antonio Gómez, si exceptuamos la localización (Marruecos) de la poética realista que presenta.

Este mismo año de 1977 (fecha del libro premiado en Marruecos) supone un punto de inflexión en la vida de nuestro autor; es el comienzo de una despedida anunciada durante mucho tiempo. Los pocos lazos que mantenía todavía con Zaragoza se rompen definitivamente. ¿Qué ocurre entonces para que Julio Antonio Gómez decida abandonar este paraíso en el que finalmente parece haber encontrado la felicidad? Algo grave y desconocido, sin duda; inexplicablemente, a principios de los ochenta deja Marruecos y se traslada a la isla de Gran Canaria, donde se ve obligado a buscar trabajo y donde encuentra un empleo de «contable» en un bar

de «alterne». Allí, en el mismo edificio donde trabaja, tiene la habitación que acoge sus sueños de amor, sus exilios y su corazón cansado; la isla donde fue a buscar puerto iba ya sólo a reservarle la trampa definitiva.

REFERENCIAS

BAUDELAIRE, Charles (1964): *Les fleurs du mal (et autres poèmes)*, chronologie et préface par Henri Lemaître, París, Garnier-Flammarion.

ELIOT, T. S. (1975): *The Waste Land (and other poems)*, Londres, Faber and Faber.

GÓMEZ, Julio Antonio (1970): *Acerca de las trampas*, Zaragoza, Javalambre (Col. «Fuendetodos», 4).

— (1989): *El corazón desbordado* (epistolario), ed. de Antón CASTRO, Zaragoza, Olifante.

RIERA, Carme (1988): *La Escuela de Barcelona*, Barcelona, Anagrama.